AÑO XI.
Nº 518.

EL DIA

MONTEVIDEO,
DICIEMBRE 20 DE 1942



TAJO DEL GIGANTE, abierto a golpes de ola sobre el extremo rocoso de Punta Ballena.

FOTO J. OLIVERA.

LOS COCHEROS DE ITALIA

SON inolvidables los cocheros de Italia. Cada lugar presenta sus tipos característicos en una perduración que vuelve visible el desaparecido encanto de ciertas cosas que fueron. Recorrer una ciudad utilizando el automóvil es lógico en las capitales donde las obras de arte no tienen historia o se hallan en los límites extremos de una gran población. Pero en Italia las ciudades son pequeñas; parecen caber en el hueco de una mano. Roma se atraviesa a pie en poco más de una media hora. Y no existe en ella una medida cuadrada sin una evocación pretérita en donde, historia y arte, se entrelazan apretadamente para la eternidad. Pasar con el deliberado intento de dominarla rápidamente, es huir de lo que se busca. Ir lentamente, estudiando lo que surge a cada paso, es ver a través de los cuerpos opacos. El auriga, ese desagradable cicerone de espaldas que al entablar el diálogo se dirige a los caballos, cambia en cada región y diríase que refleja y suma la gloria y el orgullo del lugar. Sus vehículos tienen en algunas localidades decoraciones que al turista sudamericano le causan el temor, si se muestra en ellas, de un atroz exhibicionismo. El tapizado de los asientos son de rojo carmesí, con dibujos de flores como un mantón de Sevilla. Un festón ancho sobresale de la capota y va aleteando durante la excursión como un saludo permanente. Si se agrega que el turista, por disimulado que sea, va provisto de máquina fotográfica Baedecker y prismáticos, es imposible quedar más al descubierto. Naturalmente que el viajero más preocupado de su posición, frente a la esta.ua arrobadora o el paisaje inesperado se olvida de su propia situación y no ve más la parte espectacular a que se le destina.

F L O R E N C I A . — Hace frío pero no tanto que impida que tomemos un "taxi-carroza". Al trote del rocinante vamos en el coche cardenalicio — nos han tocado asientos del carmesí más vivo — por el Viale del Re hasta el ángulo del Mugnone y el Arno; allí donde se levanta la estatua del marahajah hindú que tanto amó a Florencia hasta que la muerte le sorprendió entre sus encantos. El viejo parque respira una sombra fresca bajo altas copas de árboles; los troncos relucen al pasar túnicas verdes brillantes de hongos que dejó el invierno. El cochcero, amparado del lugar, entabla conversación. Es un simpático abuelo de cuarenta y siete años y nos habla de su vida pasada. Extrañaba el tono medido, casi de espectador de su drama íntimo en un hombre del pueblo adoptando una posición mental que sólo se llega entre nosotros después de larga experiencia y destilada meditación. Es que aún no conocía a los florentinos y era esa expresión corriente: el más humilde obrero lleva el moldeado espiritual de una vieja y poderosa civilización. Por él supimos cómo aún la decantada reforma social era un mito y no los había alcanzado; y el sacrificio de su existencia en flor era el precio de llamarse italianos. Había hecho la guerra de 1915 y la Líbica, ¡diez años de soldado! Lo mejor de la vida bajo las armas. Y después de todo, ¿qué queda de un hombre que durante diez años ha llevado una existencia dedicada exclusivamente a la guerra? Ganarse la vida era un poco difícil. Y explicaba: él era "garzone", es decir, ni siquiera era dueño del choche de punto, sólo empleado. Además los coches iban desapareciendo y el número era limitado — 160, — por decreto municipal no podían llenarse las vacantes. Había una cifra mayor para los autos, pero no se ocupaban los puestos. La vida era difícil, no veía ningún progreso. Gracias a un yerno que ganaba 25 francos diarios (unos dos pesos de nuestra moneda), llenaba los claros de la casa. Y medio inclinado hacia nosotros decía, con un acento de dulce venganza:

—"Adesso faccio i corni a Firenze".

Se consideraba feliz por haber alcanzado un trozo de pan después de haber entregado su juventud a la gloria de Italia y aunque toda su existencia fuera inutilizada en el oficio de cochero casi sin remuneración. Su exceso de lenguaje no llegó más adelante; quedó contento de haberse podido expandir con quienes participaban atentos de su historia; y, al bajar del coche nos saludó inclinándose con la cortesía finísima del ademán sin palabras...

—Signori...



ENTRADA AL PINCIO, DESDE DONDE SE DOMINA ROMA Y SE ACUDE EN SUS ATARDECERES PARA VER LA CIUDAD ENTRE CELAJES INOLVIDABLES.

M I L A N . — Debemos exceptuar a Milán como lugar de carrozas espectaculares. La ciudad no tiene tiempo para ocuparse de los turistas. Si es lugar histórico parece que fuera a su pesar. Fuerte, dinámica, industrial, vive multiplicándose millonariamente en todo sentido. En cambio conserva cocheros característicos. El que nos toca en suerte es un milanés típico, de vocabulario sonoro y afirmaciones cerradas por ademanes concluyentes. Nos pregunta a dónde queremos ir y empieza un diálogo casi intraducible. Decide llevarnos por el parque; pero el portero del hotel lo interrumpe fastidiado:

—¡Ma que Parco!... ¡La citá!

—¡Bene, bene! — consiente el cochero. — Allora vi mostreró il Castello... Santa María delle Grazie... ¿Conosce Santa María?

—No, non conosco.

—¡Non conosce! — grita y luego con aquiescencia del padre al niño agrega perdonándonos: — Vi mostreró Santa María... — Y como quien quiere hacer un regalo añade: — Dopo vederemo la Scala... ¿Conosce la Scala?

—No, non conosco.

—Non conosce, non conosce minga! Ma ¿qué conosce dunque? — dice airadamente el viejo auriga tan rosado y blanco que parece un "banbino" bajo su visera charolada.

Imposible le parece al buen hombre que exista alguien que desconozca su ciudad aunque sea él el encargado de mostrarla. **Y durante todo el trayecto matiza sus indicaciones con ademanes definitivos y nos encanta con voz clara, su palabra milanesa, que se hace redonda al salir de la boca. Llega un momento que, sin poder remediar el orgullo por su ciudad esboza, sin embargo una crítica.** La esperábamos, sabiéndonos en el centro de mayores agitaciones sociales de Italia. Pero una prudencia que hasta ese momento no había mostrado le cerró la boca: "él no le tenía rabia a los millonarios" "—...sa...dano di guadagnare..." y después: "—La citá e grande, ¿a visto? Grandísima... e bella... c'é per tutti".

El cochero milanés debía terminar así; acariciando su ciudad y emitiendo un concepto económico de valor universal.

R O M A . — Es alto y algo grueso este cochero que nos llevará a través de Roma. Se sienta en el pescante y arregla sus ropas con aire de tribuno. Mira a lo lejos las calles como a un campo de batalla. Habla como un hombre de estado. Tiene una conciencia revolucionaria que está llena de responsabilidades. Enseña a Roma antigua con el látigo. Maneja las fechas seculares y fustiga los nombre como un catedrático. Habla poco pero claramente y adjetiva con exactiud. Al jamelgo lánguido lo arrea suavemente con una casi imperceptible media voz afectuosa de compañero, que jamás había hasta entonces oído emplear para convencer a un caballo. "—¡Ahoooo! ¡Ahoooo!" más bien ruega que manda al pobre animal que en España habrían dedicado a las corridas de toros. "Vamos, camina, parece decirle, hoy tendremos algunas liras, no me hagas mal papel". Y el triste sabe tan bien su oficio que se alarga en un trotecito desmayado al subir a una colina para ir a dormitar en seguida, como su dueño, frente a los grandes museos donde se pierden los turistas.

Pasábamos por la calle Humberto I, delante del palacio de la Cancillería. La voz del cochero nos advierte:

—Miren...

Y nada más. Ni un gesto. Como envarado repetía:

—Miren la ventana.

No se sabía qué hacer ni qué mirar. Decenas de ventanas se abrían en todos los frentes y ninguna nos llamaba la atención como extraordinaria. El cochero marchó una cuadra aún y se volvió preguntándonos:

—¿Han visto?

Y, ante nuestro asombro, el de él:

—¡Diávolo! En aquella ventana — y entonces nos determina una que hacía ángulo recto con el palacio de la Cancillería, — allí fué donde sorprendieron a aquel que apuntaba a Mussolini con un fusil de telémetro, mientras el Duce decía un discurso en el balcón del palacio. ¡Qué lástima! ¡Qué bala perdida! Seguro que le pegaba. Se perdió... Era un blanco muy bueno.

Toda su protesta de revolucionario estaba en aquellas palabras. Y así fué su tono durante la jira. Frente al Janículo al pie del monumento a Garibaldi, mirando la corona que habían depositado los Balilas, reprochó:

—¿A qué vienen aquí?... A confundir... Garibaldi no les pertenece. Es de otros.

Y el látigo señalaba una placa de bronce que nos emociona profundamente: "Montevideo a su madre latina", rezaba la inscripción a la entrada del Janículo.

—¡Oh, Roma, Roma! — murmura al pasar frente a la casa de Torcuato Tasso. — Eras bella cuando eras fea.

Le pregunto si no tiene reparo en hablar así, en un ambiente plagado de espías y de tiranos. Me responde levantando con un gesto elocuente y típico, los brazos y su látigo, como quien dice: ¡qué vamos a hacer, no podemos callarnos! Y queda murmurando de su pobre vida que no tiene arreglo. Es la misma historia de Florencia, es la única nota que resuena en el fondo del alma de los italianos, una protesta permanente, inocultable. Por más que Mussolini los haya deslumbrado con una obra constructiva, en la práctica sigue el mal



PUENTE SOBRE EL TIBER QUE UNE LA CIUDAD DEL VATICANO A LA ROMA DEL QUIRINAL.



FUENTE DE LAS TIARAS JUNTO AL CASTILLO SAINT-ANGELO. EL AMBIENTE DE LA VIEJA ROMA ESTA CONDENSADO EN ESTA MAGNIFICA FUENTE, DONDE ABREVAN LOS CABALLOS.



CABALLOS EMPENACHADOS SE USAN EN CAPRI, JUNTO A NAPOLES.



FUENTE DE LOS TRITONES, UNA DE LAS INNUMERABLES DE ROMA, EN LA QUE LOS COCHEROS DESCANSAN Y ESPERAN.

carcomiendo al pueblo. Oprimidos, vigilados, a pesar de ello, bien se ve que es imposible obligarlos al silencio. Comprendí, entonces, que las dictaduras tenían sus días contados.

—Como turista, le digo, deseo llevar un recuerdo de Roma. Venecia tiene cristales famosos, Florencia orfebrería que deslumbra, cerámicas en el lago Maggiore, caracoles y camafeos en Nápoles; y aquí ¿qué podría llevar de genuino?

El cochero se queda mudo por primera vez.

—No sé... qué podría llevar de Roma, responde después de reflexionar.

—¿Y, qué es lo que hacen aquí entonces? le digo recordando que cada pueblo de Italia trabaja en un producto original.

¿Nosotros...? Nosotros hacemos ministros.

Esta fué su espiritual y extraordinaria contestación. Y aquel "facciamo ministri" lo dijo apretando las palabras, como mordiéndolas, con toda la ironía de un filósofo impotente frente a la realidad dolorosa. No me expliqué entonces cómo aún podía existir en Italia un régimen que pretende aplastar a tal pueblo, pensador, vivo y valiente.

NAPOLES. — Llovía y nos vemos obligados a tomar un coche que parecía hacer su último viaje; dislocado, carcomido. El cochero al cruzarse con sus colegas hacía señas imperceptibles. No las notábamos en él, por darnos la espalda, pero veíamos sus efectos en los demás. Inmediatamente le contestaban con una sonrisa o decían una palabra dialectal, o emitían un grito característico. Se habían dicho un largo discurso. Aquello equivalía a: "por fin tengo mis clientes ingleses: ¡ya haré el día!" porque es difícil escaparse de un cochero o de un vendedor napolitano que se empeña. Emplea todos los argumentos, encuentra insospechadas razones, compara las afirmaciones del cliente, le arregla el viaje, demuestra que con mal tiempo se puede ver bien el paisaje, que no cuesta nada, que si no puede ir en ese momento queda arreglado para el día siguiente, que lo irá a buscar a las ocho para ir a tal parte. Hasta que, por lo menos, hay que darle una buena propina para que se vaya.

Sin embargo, ni aún así pudimos salvarnos. El mismo cochero y el mismo coche estaban a las ocho frente a nuestro hotel. Era un espectáculo. El hombre hablaba en tono mayor, confundiendo a los que oían, como si lo hubiéramos tratado de antemano. Los clientes del hotel miraban y huían. Había que proceder rápidamente. Subimos al coche y sólo así el hombre se aquietó. Pero entonces empezamos nosotros a discutirle. El precio era tanto. —"No, le contestábamos, nada de tanto, ¿Dónde está el taxímetro?". No lo veíamos en ninguna parte y eso era inquietante. El cochero seguía en sus números sin responder a nuestro pedido. "Para ir a Possílipo, tanto; por llevarlos a la ciudad, tanto". —"Nada, amenazábamos, sin el taxímetro, nada. Nos bajamos". Se dió por vencido. Con un ademán impertinente levantó el grueso capote sobre el que estaba sentado y que colgaba como una cenefa decorativa y nos mostró el medidor colocado en medio del coche. Inútil era pretender adivinar en dónde podría estar. Se dió por vencido, pero se burlaba de nosotros.

Era indudable que con los napolitanos se conocía otra Italia, muy distinta a la que estábamos acostumbrados. Pensamos en Axel Munther y sus peligrosas andanzas en los barrios tenebrosos, en la perduración de una raza extraordinaria de aventureros y en la última anécdota de Mussolini que los pinta de un brochazo. Cuando el Duce deseoso de concluir con el aspecto de ciertos barrios de Nápoles inició una obra de demoliciones y construcciones, los napolitanos molestos de verse despertados de su dolce far niente, echaron de mala manera al Comisario Regio que dirigía las obras. Ante ese acontecimiento incomprensible se mandó un Alto Comisario Regio, quien casi paga con su vida, molido a palos. Mussolini, en persona concurrió a la inauguración de las obras, y, ¡cosa inaudita! le tiraron una teja.

Y ante estos cocheros napolitanos que, como sus antepasados griegos, tienen la elocuencia fácil, la estafa pronta y alegre, desbordante en todo, pletóricos de vida, altisonantes, enredistas, que llevan su existencia en canzoneta bajo un sol de oro, se piensa, como en Florencia, como en Roma, que no son estos hombres los que mantendrán las tiranías. Cada cochero de cada ciudad italiana tiene su característica propia, pero en todos hay una misma nota pedal, la misma protesta en diferentes dialectos, el mismo espíritu de rebelión. Se comprende bien claro que los días de las dictaduras están medidos y contados y que en cada ciudad puede nacer un incendio cuando hay tantos brazos que llevan teas encendidas.

R. Francisco MAZZONI.

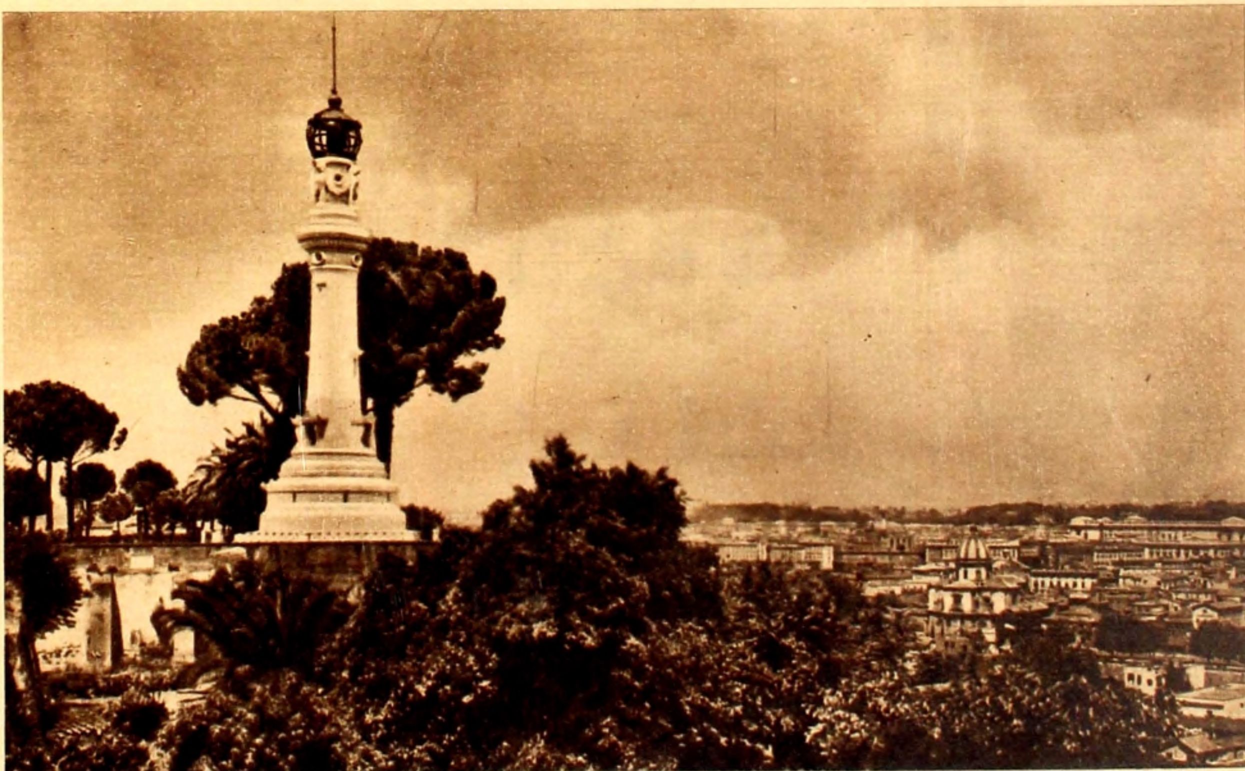
Maldonado, diciembre 1942.



PINCIO, LOS MUROS ROMANOS CONSTRUIDOS POR ADRIANO.



CARRITO QUE LLEVA VINO.



EL JANICULO, DONDE SE VENERA LA FIGURA DE GARIBALDI Y SE CONSERVA UN RECUERDO DE MONTEVIDEO.

GUERRA GRANDE:

LAS TRASMISIONES EN LA DEFENSA

CUANDO, después de la Batalla de Arroyo Grande — 6 de diciembre de 1842 — se empezó a organizar en Montevideo el ejército que debía defender la capital de la República, muchos emigrados argentinos, asilados en esta ciudad a consecuencia de las persecuciones de que fueron objeto por parte de la dictadura rosista, ofrecieron sus servicios al Gobierno de la Defensa.

Entre ellos figuró Ramón Lista, militar de brillante hoja de servicios y hechos, que había actuado en la iniciación de su carrera, en el sitio y toma de la Plaza de Montevideo, por las fuerzas independientes, en el año 1814, y que con posterioridad tomó parte en la campaña del Ejército de los Andes que conquistó la independencia de Chile y Perú.

Al aceptársele sus servicios, se le dió de alta en el Ejército Nacional con el empleo de teniente coronel; y, el 11 de febrero de 1843, es decir, cinco días antes de que el ejército a órdenes del Gral. Manuel Oribe llegara al Cerrito de la Vicoria para iniciar el sitio que por espacio de nueve años soportó la heroica guarnición de Montevideo, se le designó para el cargo de comandante del Telégrafo Militar de la Plaza.

En la guerra — ha dicho un escritor militar — todos los procedimientos son buenos y la habilidad consiste únicamente en sacar adecuado partido de ellos.

El teniente coronel Lista, con competencia, celo y espíritu de sacrificio, organizó el Telégrafo Militar y veló por su buen funcionamiento durante todo el tiempo que duró el asedio a la Plaza, y supo sacar excelente partido de este interesantísimo medio de guerra.

Eligió, en primer término, tres observatorios que dominaran con sus vistas todo el campo del ejército sitiador. El primero lo emplazó en la azotea de una casa de altos ubicada en la calle San José y Yaguarón, próxima a la línea principal de fortificación. En este edificio, conocido por la casa Plá, cuenta la tradición, que el general José María Paz, cuando desempeñaba el cargo de comandante general de armas, se pasaba la mayor parte del día esperando el asalto a la ciudad que nunca se realizó.

El segundo observatorio se instaló en una de las torres de la Iglesia Matriz, el cual estaba en correspondencia con un tercero ubicado en la Fortaleza del Cerro.

Para que se pueda apreciar la importancia de este último observatorio, del cual querían posesionarse las fuerzas sitiadoras, sin reparar en los medios empleados para conseguirlo, transcribiremos las palabras del general argentino Angel Pacheco, integrante del ejército sitiador, las que fueron publicadas en la época:

"Mientras los salvajes sostengan el dominio que ejercen allí — decía — nuestra línea estará siempre amenazada por su derecha, aparte de que la observación de nuestro campo es constante: no podemos mover un soldado sin que el vigía lo anuncie". "Si poseyéramos el Cerro — agregaba el general Pacheco — nuestra importancia moral crecería mucho, y los hechos materiales serían más eficaces".

En cada uno de estos observatorios, había un servicio permanente de vigías, los cuales, por medio de un catalejo, exploraban el horizonte en todas direcciones para dar la alarma o comunicar a sus superiores cualquier novedad relacionada con los movimientos efectuados por las fuerzas enemigas.

Pero, estas noticias referentes al adversario, en las cuales se basaban todas las operaciones militares debían llegar al conocimiento del Comando lo más rápido posible, para que éste tomara sus decisiones e impartiera órdenes.

Con este fin, se instaló en este observatorio un aparato sencillo, de construcción puramente mecánica, por medio del cual se trasmitían señales a distancias perceptibles.

Quedó así instalada una verdadera red de trasmisiones por telegrafía óptica formada por el Telégrafo Principal o de la Línea, en los límites de la ciudad; el Telégrafo de la Matriz, sobre la iglesia del mismo nombre, y el del Cerro, ubicado en la Fortaleza.

En aquella época, no había sido descubierto aun el teléfono, y el telégrafo recién empezó a funcionar en nuestro país, el 12 de octubre de 1873.

El Vigía de la Matriz tenía una misión determinada, ajena por completo a las operaciones militares. El 15 de abril de 1843, el Comando de la Plaza dispuso que este vigía además de los objetos a que estaba destinado, observara todos los movimientos de la escuadra enemiga, bien con todas, o una de sus embarcaciones.

El Telégrafo de la Línea constituía el centro de las trasmisiones de la Plaza. El trasmitía y recibía directamente con la fortaleza del Cerro y trasmitía al Comando de la Plaza y al jefe de la Vanguardia del Ejército. El Telégrafo de la Matriz, trasmitía y recibía de la Fortaleza del Cerro, y repetía en la mayoría de los casos las trasmisiones hechas por el Telégrafo de la Línea. Otra línea de menor importancia, estaba establecida entre la Fortaleza de la Isla de la Libertad y la Capitanía del Puerto. Para las trasmisiones con el Cerro se utilizó un juego de banderas rectangulares de distintos colores, cada una de las cuales correspondía a un número determinado comprendido entre 0 a 9. Las combinaciones de estas banderas permitían dar a conocer hechos ya previstos, de acuerdo con el plan establecido al respecto. Este plan comprendía unas 200 señales.

Mas, el Telégrafo, fué tan sólo uno de los medios de que se valió el Comando de la Plaza de Montevideo, en el mantenimiento de una constante y estrecha relación con los distintos destacamentos para la trasmisión de los partes, órdenes e informes.

La totalidad de las trasmisiones entre los defensores de Montevideo quedó asegurada por los siguientes medios:

1º Por agentes de trasmisión.

2º Por procedimientos ópticos (telégrafos y señales ópticas y fuegos de artificio).

3º Por procedimientos acústicos:

a) Elementos de percusión: las campanas.

b) Instrumentos llamados de viento: los clarines y trompas.

c) Señales producidas por explosión: disparos de cañón.

Los agentes de trasmisión, oficiales (ayudantes), clases y soldados (ordenanzas, chasques, etc.), eran los encargados de llevar las órdenes, partes e informes, cumpliendo su cometido a pie o a caballo, según las circunstancias.

Los procedimientos ópticos eran fáciles de organizar, pero tenían el gran inconveniente de que su empleo estaba subordinado a la topografía del lugar.

El humo o el polvo de los bombardeos, la niebla o la lluvia, reducían o anulaban la visibilidad, dificultando e interrumpiendo las comunicaciones.

Las trasmisiones acústicas, eran empleadas generalmente para complementar a las ópticas o para producir alarma, principalmente en casos de ataque.

Prestaban muy buenos servicios de noche o en tiempo de niebla, pero nunca se empleaba este procedimiento como único medio de trasmisión, sino como complementario de otros.

Los vigías, sin perjuicio de las novedades que se hacían conocer por medio del telégrafo, pasaban diariamente su parte al comandante del mismo, quien a su vez los elevaba al Comando.

Estos partes se empezaron a publicar en el semanario "El Telégrafo de la Línea", que salía los domingos, y que se imprimía en la Imprenta de la Caridad.

A partir del número 5, sólo se publicaron los partes del vigía de la Línea.

Se imprimieron 24 números. El primero salió el 24 de noviembre de 1844, y el último el 18 de mayo de 1845.

Se vendía a 12 vintenes, con lámina. Para los suscriptores el precio era de 8 reales, cada cuatro números, con lámina y suplemento gratis.

Tenía como subtítulo, el siguiente:

"Semanario de Guerra y del Ejército".

Su redactor fué Dn. F. Quijano.

Para las trasmisiones que efectuaba el Telégrafo Principal al Comando de la Plaza se estableció un plan que constaba de 168 señales convenidas y 24 adicionales.

Estas señales se hacían por medio de comunicaciones con globos; globos y banderas, y globos y gallardetes; con 1 y 2 globos; con 3 y 4; con 5; con 6; con 1 y 2 globos y con bandera; con 1 y 2 globos y gallardete; con 3 y 4 gallardetes; con 5 y 6 gallardetes; con 6 y gallardetes y adicionales.

Todas las noticias que el Comando tenía interés en conocer respecto a la situación y necesidades de su Ejército, como también a la situación y maniobras de los enemigos, estaba prevista y además se dejaba un margen de señales adicionales para los acontecimientos imprevistos.

El Jefe del Telégrafo Tte. Cnel. Ramón Lista llevó un diario que denominó "Diario de los movimientos de la línea y de los que hace el enemigo", el cual se encuentra en Buenos Aires, en el Archivo General de la Nación.

El escritor Félix San Martín, tomó de este Diario, — único documento original que al respecto existe, — los datos relacionados con los disparos de cañón hechos por los Ejércitos Sitiador y Sitiado, desde el 1º de agosto de 1844, hasta la terminación del Sitio de Montevideo; estableciendo además los pasados a la Plaza, procedentes de las fuerzas sitiadoras, que pone en evidencia la superioridad de la artillería de la Plaza sobre la del Ejército Sitiador.

El conocimiento de la creación y funcionamiento regular de estos servicios auxiliares del Comando, y de su valioso concurso prestado durante el asedio a la Capital de la República, darán una idea de la sólida organización que tuvo el ejército defensor de la Plaza de Montevideo, en uno de los momentos más críticos y penosos de nuestro pasado, que puso a prueba no sólo la capacidad y virtudes de los valientes militares y ciudadanos armados que formaron su heroica guarnición, sino también la vitalidad de nuestra nación, que pudo afrontar con resignación y estoicismo, por espacio de casi dos lustros, esta cruenta lucha, sin que decayera en un solo momento su energía moral.

Mariano CORTES ARTEAGA.

EL TELEGRAFO DE LA LINEA.

SEMANARIO DE GUERRA Y DEL EJERCITO.

¡UNION Y LIBERTAD!

AÑO 1.º DOMNGO 26 DE ENERO DE 1845. NUM. 10

Partes de la Vigia.

Dia 17. Enero de 1845

OFICIAL.

Cedido por la "Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay"

REPRODUCCION FACSIMILAR DEL NUMERO 10 DE "EL TELEGRAFO DE LA LINEA".

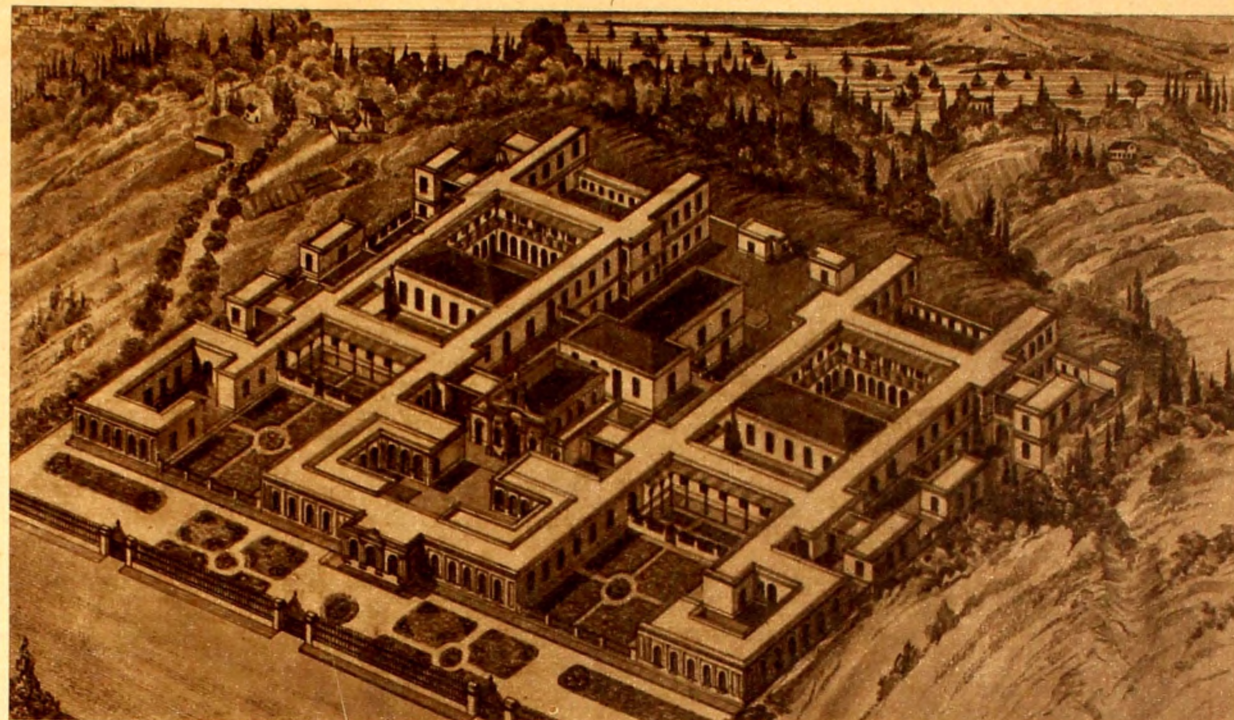
1 2 3 4 5

6 7 8 9 0

JUEGO DE BANDERAS EMPLEADO PARA LAS TRASMISIONES DEL TELEGRAFO DE LA LINEA CON EL TELEGRAFO DEL CERRO, Y VICEVERSA. 1) BLANCA; 2) COLORADA; 3) AZUL; 4) TRES FRANJAS HORIZONTALES, AZUL EN LOS EXTREMOS Y BLANCA EN EL CENTRO; 5) TRES FRANJAS VERTICALES DE IZQUIERDA A DERECHA, AZUL, BLANCA, ROJA; 6) TRES FRANJAS HORIZONTALES, ROJA, BLANCA Y AZUL; 7) ROJA Y CORTADA EN EL CENTRO HORIZONTALMENTE POR UNA FRANJA BLANCA; 8) DOS FRANJAS VERTICALES, AZUL A LA IZQUIERDA; 9) DOS TRIANGULOS, EL INFERIOR ROJO Y EL SUPERIOR BLANCO; 10) CUATRO CUADRADOS, BLANCO Y ROJO ARRIBA, AZUL Y BLANCO ABAJO.

FRAGMENTO DEL PLAN DE SEÑALES DEL TELEGRAFO DE LA LINEA O PRINCIPAL.

Para la Historia del Hospital Vilardebó



EL ASILO DE DEMENTES (HOY HOSPITAL VILARDEBO), A VISTA DE PAJARO. LITOGRAFIA DE LUIS PEÑA. 1878. COLECCION RICARDO GRILLE.

AUNQUE la necesidad de establecer un asilo especial para albergue y atención de alienados fué manifiesta una vez que el número de estos creció en la progresión en que iba aumentando el número de habitantes, fué solamente en el gobierno provisorio del general Flores, triunfante la Cruzada Libertadora, que el buen propósito tuvo principio de ejecución.

Mientras el manicomio no se habilitó, la situación de los enfermos mentales era lamentable y diariamente peor.

Las cosas, por lo demás, estaban planteadas en los términos más simples: tener donde encerrarlos si eran agitados; que estorbaran lo menos posible siendo pacíficos.

El concepto dual, moderno: un hospicio para alojar y un sanatorio para el tratamiento, no podía contar, desde luego.

En época colonial, el año 1822, durante la dominación lusobrasileña, se dió asilo en el Hospital de Caridad a los primeros alienados.

Los datos que poseemos, correspondientes al 30 de marzo de 1826 arrojan la cifra de 11, entre hombres y mujeres.

Hasta entonces su vida corría de cargo de la respectiva familia o de la limosna pública.

En los primeros albores de la república constituída, en 1830, los locos por falta de sitio en el edificio del hospital, hallábanse alojados en la cárcel del Cabildo, en las desastrosas condiciones que cabe suponer.

Volvieron un poco más tarde al hospital cuando se les hizo un espacio denominado Departamento de Dementes, cuyo presupuesto mensual — todavía en 1860 — vale la pena que se conozca, a fuerza de exiguo y de curioso.

Un capellán, pesos 19.160; cuatro hermanas a 8 pesos, 32; un comisario encargado, 60; un capataz, 16; un cocinero, 14; un quintero, 19.160; un portero, 14; un sirviente, 14. Total, 118 pesos 320 milésimos.

Según se ve, los cuidados del alma primaban sobre los cuidados del cuerpo, o sea los médicos; pero el caso tendría explicación — quiero suponerlo — en que el doctor Gualberto Méndez, a cuyo cargo estaba el Departamento no cobraría sueldo.

Pienso también que el capellán oficiaría misas especiales para las hermanas, una vez que a los dementes maldito lo que podría suponerles ninguna ceremonia y dudo que se hallen habilitados para frecuentar los sacramentos...

Un número de alienados "mansos", como se les llamaba, especialmente si eran mujeres, prestaban el servicio que podían rendir a modo de auxiliares en faenas simples. Otros, incapaces, totalmente idos, tomaban el sol arrinconados en algún patio trasmano.

☆

Una larga, laboriosa y altamente humanitaria gestión de la benemérita Sociedad de Beneficencia Pública de Señoras mucho contribuyó a llevar a término la instalación del Asilo de Dementes.

A esta sociedad incumbía particularmente lo relativo a escuelas gratuitas de expósitos, pero luego extendió su protección y sus actividades útiles hasta los desamparados dementes. Se había reinstalado en 1855, por acuerdo de la Junta E. Administrativa, eligiéndose como presidenta a Doña María Eusebia Vidal y Zabala de Pazos.

La sub-comisión de expósitos, en sesión de 1858, dió cuenta de que existían veinte y seis niñas en calidad de tales.

La de dementes, por su parte presentó "un estado en que aparecían veinticuatro de esas desgraciadas".

El número total de alienados se completaba con diez y seis varones. En 1856 se procedió a dividir los enfermos en secciones, según el sexo.

Como las cifras no tardasen en experimentar un crecimiento alarmante al arrojar un ingreso de noventa y cinco alienados, aunque las bajas por defunción estabilizaron el número en cincuenta y dos, la Comisión de Señoras lanzó la idea de establecer, sin más pérdida de tiempo, un manicomio y con tan buen propósito, buscaron en 1859 el apoyo del presidente de la república Gabriel A. Pereira. Prometióles éste ceder a los efectos consiguientes el local del antiguo Cuartel de Dragones, edificio abandonado, casi ruinoso, que apenas servía para alojar soldados, pero el proyecto no fué más allá, quedando virtualmente abandonado.

Pronto el crecimiento paulatino de la población reflejando en el número de enfermos mentales, aumentó de tal modo las cifras que fué necesario evacuarlos del Hospital de Caridad, a cuyos efectos se arrendó la casa quinta de Vilardebó en el Reducto, trasladándose a ella, en 1860, todos los alienados.

La asistencia de los enfermos en uno u otro local en que se les mantuviese, era por entonces cosa bastante limitada, pues los conocimientos médicos, escasos ahora mismo respecto al misterioso fondo de las perturbaciones mentales, tenían que ser casi elementales en aquellas épocas.

Por muchos años —7 u 8— los asilados corrieron a cargo de un médico homeópata el Dr. Cristiano de Kort, de nacionalidad sueco, el cual no tenía título revalidado ante nuestras autoridades y ejercía la profesión, por mera tolerancia, a igual que rodeándose en un certificado de cierta Facultad Hamnenniana de Río de Janeiro. Según Kort, en el tiempo que tuvo a su cuidado los enfermos mentales, pasaron por sus manos más de un millar.

Recién el año 1875 se subsanó esta anormalidad dándose el cargo a un facultativo examinado.

En 1867 los alienados habían doblado con creces, llegando a contarse ciento veinticuatro de uno y otro sexo.

Fué en esta fecha que el Gobernador Provisorio general Venancio Flores, siendo ministro de gobierno Alberto Flangini, colocó la piedra fundamental del Asilo de Dementes, en los terrenos de la antigua quinta de Vilardebó en el Reducto.

El escribano Martín Ximeno, benemérito de las Comisiones de Caridad, había aportado a la iniciativa los planos del futuro asilo — un gran edificio — cuya construcción se contrató con el arquitecto Carlos Glay.

La interrupción de las obras sobrevino a poco andar, de manera que a los cinco años de la ceremonia inicial, sólo existían en el terreno de la calle Burgues y con fondos al Arroyo Seco, una casa antigua próxima a una fábrica a continuar, que medía unos ciento cuarenta metros de frente al este, por noventa y tantos de fondo.

Los cimientos alzaban dos metros, más o menos, sobre la tierra, existiendo un aljibe y los caños de desagüe competentes.

La casa vieja rodeada de árboles frutales hacía las veces de asilo, pero ni tenía pabellones separados, ni servicio de baños, ni nada que hiciera pensar en un refugio para enfermos mentales.

De cuerdo con un nuevo proyecto de un técnico nacional, ingeniero Eduardo Canstatt, se reemprendió la obra del asilo en 1876.

Se trataba de una construcción de proporciones grandiosas, acordada a un plan que permitía ulteriores aumentos y que demoró ocho años en terminarse.

El 25 de mayo de 1880, correspondió al presidente de la república, Dr. Francisco A. Vidal, inaugurar precisamente a las 12 del día, en forma oficial y solemne, el llamado desde ese momento Manicomio Nacional, "edificio grandioso por su arquitectura y proporciones", conforme al juicio de la prensa de entonces y por mucho tiempo también, el mejor y más adecuado de todos los establecimientos benéficos de la república.

Previamente a la ceremonia inaugural, el día 23, el obispo Vera había bendecido en ceremonia privada la capilla, con el padrinazgo de Vidal y de la señora Pascuala Camuso de Lecocq, la misma respetable dama que actuó luego de madrina en el acto oficial.

Tres bandas de música, la de la Artillería, la del 3º y la del 5º de Cazadores, y una guardia militar, contribuyeron a dar brillantez a la ceremonia que, por otro lado, congregó una concurrencia calculada en más de doce mil personas.

El edificio estaba embanderado y los asilados lucían flamante uniforme azul con gorra del mismo color.

La oratoria fué corta y dejó mucho que desear en cualquier sentido. Los discursos de los señores Julio C. Pereira, hijo del ex president, de Urbano Chucarro y del Dr. Vidal — parco de palabras sobre todos — significaron una serie de lugares comunes, por debajo de las que son de estilo en tales casos.

Tres ampliaciones, de gran importancia, se hicieron sucesivamente al Manicomio, cuyo predio, mediante compra de propiedades adyacentes, llegó a cubrir una extensión de 11 hectáreas.

En 1889 se construyeron los pabellones de Observación y Enfermería, de acuerdo con el plano de Canstatt, por el maestro de obras Pedro Sartori, el mismo que construyó el Lavadero en 1895.

En 1899 llevóse a cabo la ampliación de varios servicios más, conforme al proyecto del arquitecto Jacobo Vázquez Varela.

Con estos acrecimientos el cuerpo principal de la casa venía a mediar 14.770 metros cuadrados el Lavadero 1855 y los pabellones anexos 1.210.

Por decreto del Poder Ejecutivo del 13 de febrero de 1911, que daba fuerza a una iniciativa del doctor José Scoseria, director de los servicios de Asistencia Pública, el Manicomio Nacional pasó a denominarse Hospital Vilardebó, nombre con que se le conoce actualmente.

No había porque evocar estigmas de locura, tristezas de orfandad, ni desdoro de expósitos. El país no hace caridad: cumple con un deber y nada más.

Era un paso en el camino de la obra humanizadora felizmente emprendida por el ilustre profesor, en lucha con prejuicios sociales y confesionales inveterados y poderosos.

Obra lamentablemente barvada más tarde por la reacción que supo guarecerse bajo el ala de un gobernante, apóstata en filosofía igual que en política.

Pero se salvarán las barreras algún día...

J. M. FERNANDEZ SALDAÑA.



EL MANICOMIO EN LOS DIAS DE LA INAUGURACION EN 1880.

GLIPTODONTES EN MONTEVIDEO

Para adorar a los dioses el pueblo se arrodilla. Siéntate para meditar sobre la Naturaleza. — PITAGORAS.

AL redactar este artículo de divulgación atiendo la solicitud generosa de los estudiosos que cooperaron en la exhumación del carapacho y restos de un gigantesco gliptodonte que descubrí inopinadamente al bajar de un ómnibus en plena Avenida de las Instrucciones, frente a la Fábrica Textil Uruguaya, sobre la calzada en la que se levanta uno de los hermosos barrios obreros de la ciudad, atraído por un corte del terreno efectuado hace unos diez años al realizarse el hormigonado de la Avenida, en el cual se observa claramente en hermoso ejemplo sedimentos loessicos de la formación pampeana superior fuertemente infiltrados de tosca calcárea.

Mi propósito, pues, no es otro que dar a conocer con este motivo a aquellas personas que se interesaron por el hallazgo y a los lectores de este SUPLEMENTO, algún aspecto del valioso acervo paleontológico encerrado en el suelo de nuestro país e historiados por el tiempo con la rúbrica de pétreos caracteres.

En la maravillosa alquimia de la vida todas las especies animales de las cuales hay descriptas científicamente más de un millón, sin haberse agotado aún la fabulosa serie vital, difieren unas de otras por variadas particularidades fisiológicas y sobre todo por la forma, tamaño y estructura del cuerpo. Las fuerzas vitales inaccesibles a nuestra comprensión, irrumpen sobre la mísera cutícula terrestre, teatro del pavoroso drama, derramándose desde el minúsculo infusorio a la gigantesca ballena en "transitorias" formas animadas maravillosas y bellas, cuando no extrañas o absurdas, pero siempre perfectas en el ambiente físico y, empleando una imagen bergsoniana, imprevistas, de continua creación.

De esta escena fascinante, encerrados bajo la llameante bóveda sideral, ignoramos la trama íntima del fenómeno vital pareciendo que el misterio se espesara aún más atormentado bajo la presión inaudita de los más delicados microscopios y aparatos inventados por el genio humano, torturando al sabio de tal modo con su cerrado misterio que hiciera exclamar desoladamente al gran Claudio Bernard que "la vida es lo más oscuro que hay, no sirviendo jamás de explicación para nada". Siendo los hombres para Alexis Carrel, meros fantasmas en medio de los cuales marcha la realidad incognoscible... Una bibliografía enorme, montaña del conocimiento que la ciencia ha puesto en nuestras manos, nos aplasta para mostrarnos nuestra indigencia frente al tremendo espectáculo del Cosmos, que los luminosos griegos venciendo el destino fatal conceptuaron con una de las más altas palabras creadas por el hombre: Belleza. Mientras tanto, silenciosos investigadores, sacerdotes de la ciencia, continúan en tensa exaltación con herramientas y métodos cada vez más precisos, construyendo sobre las sombras inalcanzables, sobre la realidad incognoscible, un mundo más consciente, de más perfectos y hondos conocimientos.

Del remoto pasado geológico es la Paleontología, la ciencia que ha demostrado en forma más completa la transformación de los seres, como también la que ha dado a conocer su enorme variedad e importancia, multiplicándose en mares y continentes inestables al través del tiempo. Sabido es de todos los estudiosos que caracterizan a los tiempos modernos de la tierra — es decir, la época cenozoica o terciaria — la falta de la formidable fauna de reptiles de la época anterior, la expansión de plantas fanerógamas, la formación de las grandes cadenas montañosas actuales y la aparición de nuevas formas, crecimiento y dominio de la clase de los mamíferos.

De estos animales ha sido la América del Sur — durante su aislamiento en la época terciaria — uno de los centros de evolución más originales y ricos, de tal modo, que fué enorme la sorpresa de los sabios que desde la célebre visita de Darwin a nuestras tierras se dedicaran a su estudio, manifestando el ilustre Burmeister que a esta fauna pertenecen "las bestias más maravillosas que jamás han vivido en la tierra", no habiendo "un país en toda la superficie de la tierra (se refería a la pampa argentina) que pueda rivalizar con éste en productos fósiles tan maravillosos y sorprendentes". Estos animales sorprendentes y raros, actualmente completamente extinguidos, estaban representados por una enorme variedad de especies, divididas naturalmente por los zoólogos en numerosos órdenes, familias y géneros, destacándose en el moderno mapa paleomamalógico del conocido paleontólogo Osborn la importancia de la misma, de la que podemos afirmar, sin equivocarnos, nuestro territorio cuenta un privilegiado acervo, siendo exclusivas algunas especies descriptas por paleontólogos de fama mundial como Ameghino, Castellanos y otros, entre los que sobresale Kraglievich, cuyo nombre figurará estrechamente vinculado a los anales de la paleontología nacional. En futuras colaboraciones, si es posible, destacaremos la importancia y riqueza de nuestra fauna fósil de vertebrados, de la que hemos colectado millares de restos, en excursiones sin descanso, realizadas en las más precarias condiciones.

Atrayente fauna compuesta por megatéridos, toxodóntidos, macrauquénidos, megalonícidos, lestodóntidos, milodóntidos, gliptodóntes, etc., de raíces biológicas autóctonas; a los que debemos agregar: úrsidos, équidos, camélidos, mastodóntidos, etc., pertenecientes a grupos de animales cuya filogenia se pierde en las capas profundas de Eurasia y Africa y que en fantásticas migraciones han dejado sus últimos despojos en el suelo sudamericano.

El gigantesco caparazón y restos a que nos referimos al comienzo de estas líneas, pertenecen a un animal del sub-orden de los gliptodontes, el más rico en especies del complejo grupo de los desdentados, llamados así por Cuvier, el ilustre creador de la anatomía comparada, porque todos carecen de los dientes incisivos y colmillos, faltando en los mirmecófagos también los molares, siendo éstos verdaderos edentados. Al grupo general, actualmente en completa decadencia, pertenecen los osos hormigueros, los perezosos y los tan conocidos armadillos, habiendo en el pasado existido especies colosales, pues algunas, como los megaterios, rivalizaban en tamaño con los más grandes elefantes.

Los gliptodontes, acorazados primitivos o tanques antediluvianos, como les dice el vulgo que los contempla expuestos en los grandes museos, deben su nombre a tener los molares esculpidos, generalmente triprismáticos, siendo uno de los grupos más estudiados y controvertidos, tanto por su numerosa sinonimia como por la variedad de familias y especies conocidas.

Poseían todos un grueso carapacho formado por centenares de placas poligonales esculpidas con variados dibujos, soldándose en magnífico mosaico. Debajo de esta dura coraza se encerraba el confiado animal, descansando sobre unas patas gruesas y cortas que soportaban el enorme peso de su armadura asegurada por el espinazo cuyas vértebras, en gran parte soldadas, hacían las veces de una rígida viga. Su corta cabeza estaba protegida por un casco óseo constituído también por placas finamente labradas, destacándose del arco zigomático largas apófisis descendentes. Otra de las más extrañas particularidades consistía en una poderosa cola, anillada en su base y cuyas vértebras caudales se hallaban envueltas en un largo tubo óseo que se diferenciaba según la especie, al igual que el caparazón, por su dibujo, forma y tamaño, existiendo especímenes que, desde la punta del hocico a la extremidad de la cola, alcanzaron cuatro metros de largo.

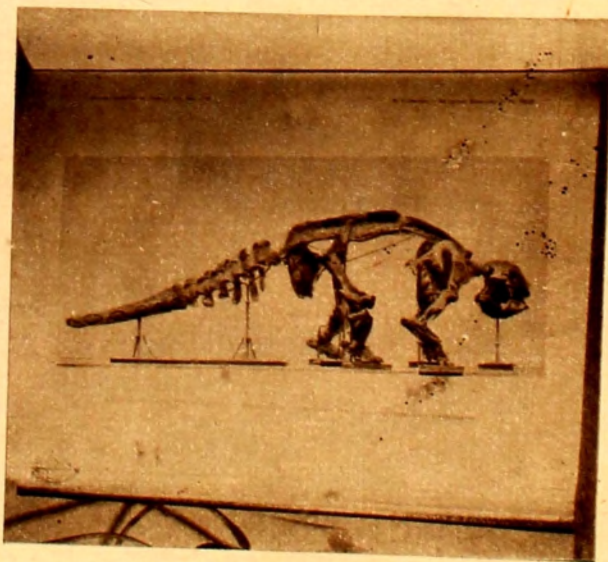
Los restos más antiguos que se conocen han sido retirados de capas pertenecientes al más remoto terciario, eran entonces animales pequeños que fueron con el tiempo diferenciándose y adquiriendo proporciones cada vez mayores, extinguiéndose las especies más gigantescas en épocas no lejanas, cuando el hombre errabundeaba en pequeñas hordas, comenzando su dominio sobre la tierra. Para aquellos primitivos si conocieron estas bestias, serían seres tranquilos que pastaban hierbas jugosas en las inmensidades de las praderas pampeanas, amparados por su coraza, en la que no harían mella los colmillos y garras del feroz Smilodon (dientes de sable), el gran tigre fósil, terror de ciervos, megaterios y mastodontes.

Morfológicamente los gliptodontes tenían cierto parecido con las mulitas y tortugas, con quienes confunden sus restos las personas que los encuentran por casualidad, no teniendo nada que ver con los armadillos, no sólo por ser éstos pequeños sino sobre todo porque poseían un carapacho rígido, mientras los armadillos (de los que también existen especies fósiles) están compuestos de piezas móviles de tal modo que pueden encorvarse y hacerse una bola. En cuanto a las tortugas, si bien poseen un carapacho rígido, no tienen ningún parentesco, pues sabidas son las diferencias fundamentales que separan a estos reptiles de los mamíferos.

El estudio de los restos de los gliptodontes ha dad[illegible] lugar a numerosas mono-



GRAN PARTE DEL CAPARAZON DEL GLIPTODON CLAVIPES EXHUMADO EN LA AVDA. DE LAS INSTRUCCIONES. MONTEVIDEO.



[illegible]NDOESQUELETO Y TUBO CAUDAL DE PANOCHTHUS TUBERCULATUS (Museo de la Plata).

gratias, entre las que podemos destacar los nombres famosos de Cuvier, Owen, Blainville, Burmeister, Lund, Bravard, Trouessart, Lydekker, Scott, Ameghinó, etc. comenzando por los trabajos de este último sabio el arreglo de la clasificación de las distintas especies, muchas veces confundidas en una abundante sinonimia, y que ha dado término en forma poco menos que definitiva el paleontólogo argentino Alfredo Castellanos, verdadera autoridad en la materia.

Destacamos que la primera noticia dada a conocer al mundo científico se debe a nuestro sabio Dámaso A. Larrañaga, la figura más notable de la ciencia americana de entonces, en correspondencia con el gran Cuvier, quien la dió a publicidad en su monumental obra impresa en 1812: "Recherches sur les ossements fossiles de quadrupedes, ou l'on rétablit les caracteres de plussieurs especes d'animaux que des révolutions du globe paraissent avoir détruites".

El grupo de los gliptodontes es uno de los que más restos fósiles nos ha dejado, siendo numerosos en el ambiente pampásico. Nosotros hemos colectado y catalogado en el departamento de Montevideo, restos (porciones de carapacho, vertebras, huesos largos, etc.) pertenecientes a unos doscientos individuos figurando restos de las especies que más llamaron la atención. La falta de espacio nos impide enumerarlos pero no queremos terminar estas líneas sin hacer una breve referencia a las más importantes entre las que se destacan el **Panochthus tuberculatus** Owen, más corpulento que un buey, con las placas de la coraza adornadas de un gran número de pequeñas excreciones, sin figura central, excepto en la periferia. Tubo caudal (cola) cilíndrico aplastado esculpido con geométricos dibujos. Este animal ha sido objeto de numerosos estudios y restos de esta especie que se encuentran en el Museo de Historia Natural de París, procedentes del Uruguay, fueron estudiados por sabios en obras cuyos títulos enuncian su importancia.

El **Glyptodon clavipes** Owen, del tamaño del **Panochthus.** con ocho muelas triprismaticas semejantes, con la coraza formada por pequeñas placas exagonales en su mayor parte con una figura circular grande deprimida en el centro, rodeada de otras más pequeñas que asemejaban la placa a una rosa. Cola más corta, cónica, formada por anillos yuxtapuestos armados con fuertes tubérculos agudos a manera de trompos.

Sobresale en esta fauna gigantesca el **Daedicurus clavicaudatus** (Ow.) Burmeister, cuyos restos fueron confundidos al principio con el de megaterios, tanta fué la sorpresa que unos y otros causaron a los sabios. Como los precedentes ha sido objeto de numerosos trabajos y confusiones. Era un animal del doble del tamaño de un buey, pues algunos sobrepasaban los cuatro metros. La coraza estaba formada por filas transversales de placas lisas poligonales, sin escultura externa, con perforaciones vasculares. La enorme cola, constituida por varios anillos movibles seguidos de un tubo largo aplastado y ancho en su extremidad armado de gruesas placas córneas protuberantes que le daba la forma de una inmensa clava, semejante, según el admirado Owen a la clava del gigante Magog.

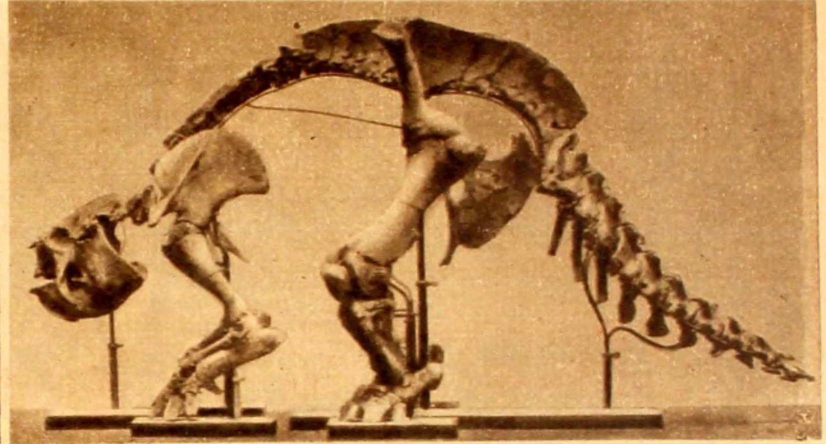
De los cinco tubos caudales que sabemos retirados del suelo uruguayo, uno se encuentra depositado en el Museo de Historia Natural de París, donde fué vendido en 1847 por el doctor Tomás Vilardebó; con él se fundó la especie **D. uruguayensis** que es sinónima de **D. clavicaudatus.** Otra cola fué encontrada en las orillas del río Santa Lucía y regalada al Museo de Historia Natural de Montevideo por el doctor Mateo Legnani, siendo las otras tres desenterradas por nosotros en yacimientos del departamento de Montevideo.

En cuanto a la edad del piso geológico y naturalmente del animal en él encontrado puede calcularse en decenas de miles de años. Para los geopaleontólogos Castellanos y Rusconi que se han ocupado en varias publicaciones de la determinación de la edad de los pisos pampeanos han calculado para el bonaerense — el más moderno de la formación pampeana y al que pertenece el hallazgo — una edad de cien mil a doscientos mil años, no debiendo sorprender a nadie este tiempo en realidad insignificante si pensamos que de los estratos inferiores del cuaternario o pleistoceno (edad reciente de las últimas capas) nos distancian más de medio millón de años y del piso denominado santaluciense por Kraglievich, aflorante en las barrancas de color rojizas en las inmediaciones de la barra del río Santa Lucía, Rincón de Melilla, arroyo Colorado etc., y que conceptúa del período oligoceno, nos separan sencillamente algunos millones de años. Fabulosa en cambio es la edad de la formación de las rocas cristalinas arcaica precámbricas — si como dice un biólogo la ciencia no se preocupa poco ni mucho de la poesía, justo es reconocer que la sustituye por la grandeza inherente a las inmensas fuerzas de la naturaleza — que muestran sus aristas despojadas por la constante acción dinámica de aguas y vientos, en espantable hiatus geológico de arrasamiento de treinta mil metros de terrenos correspondientes a las remotas eras paleozoicas y mesozoicas. Rocas plasmadas con vida, cristalizadas y metamorfoseadas por presiones inauditas, que el tiempo exprimió barriendo con su esponja cósmica y que afloran todavía fecundas a la superficie — verdes esquistos, policromos granitos, irisadas micas, llameantes feldespatos — sobre las que asientan los edificios de la ciudad, preocupación de estetas y arquitectos. Remotas rocas que se desarrollan en el extendido paisaje de la costa, donde se derraman las multitudes ávidas y juegan los niños, donde meditan filósofos contemplativos y se anhelan los pescadores de caña, donde descansan los ancianos melancólicos sus pasados esfuerzos, donde saltan los gritos de las muchachas apretados en dicha y esperanza, donde apoyamos como una catapulta vuelta al espacio, glorias y sueños. Rocas legendarias, cuya antigüedad indubitable, demostrada por la Física moderna en recientes investigaciones realizadas en los campos maravillosos de la radioactividad, supera a los mil millones de años, leve segundo aún en el eterno devenir del espacio tiempo, en el cual la perdida mancha insignificante de nuestro planeta al decir del geofísico Gamow, es solamente una diminuta "plataforma de observación" para excursiones fantásticas en el universo infinito.

Francisco **OLIVERAS ACOSTA.**



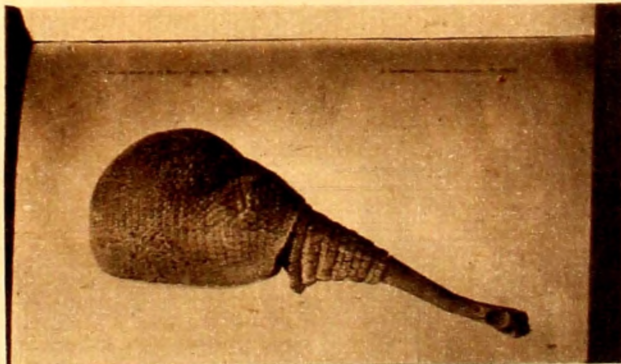
LUGAR DEL HALLAZGO DEL GLIPTODON CLAVIPES. AV. DE LAS INSTRUCCIONES. — MONTEVIDEO.



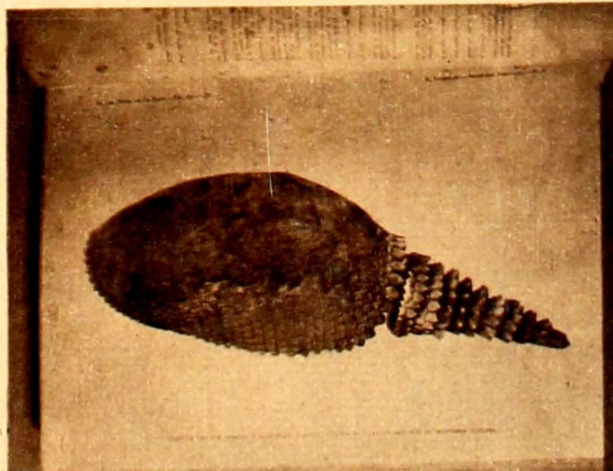
ESQUELETO DE GLYPTODON CLAVIPES. (Museo de La Plata).



ESTUCHE CAUDAL (COLA) DE DAEDICURUS CLAVICAUDATUS EXHUMADA EN LAS INMEDIACIONES DEL ARROYO DE LAS PIEDRAS. MONTEVIDEO.



CAPARAZON, ANILLOS Y TUBO CAUDAL DE DAEDICURUS CLAVICAUDATUS (Museo de la Plata).



CAPARAZON Y ANILLOS CAUDALES DE GLIPTODON CLAVIPES. (Museo de la Plata).



CHALET DE LA BARONESA



CHALET DEL Sr. PAGANI



CHALET DEL Sr. DONATO



CHALET DE PARQUE DEL PLATA

PARQUE DEL PLATA

PARQUE DEL PLATA constituye una evidente realidad de ciudad balnearia, con lindas construcciones levantadas entre los millones de pinos y eucaliptos que le prestan un ambiente característico en el que, a las delicias del Parque, se une el de la brisa marítima. Las notas que publicamos en estas páginas demuestran el carácter permanente de esas construcciones en avenidas perfectamente delineadas, contando con teléfono y próximamente luz eléctrica, aguas corrientes, lo que ha permitido que también en la temporada invernal la población tenga un carácter estable, ya que la frondosidad de la arboleda amortigua la fuerza de los vientos y neutraliza la atmósfera, haciendo sumamente grata la estada.

Su cercanía con la capital, apenas sesenta kilómetros, y el excelente servicio de comunicación, con no menos de seis ómnibus en viajes diarios y motocar permite atender las actividades ciudadanas, estando resuelto de manera feliz el cómodo aprovisionamiento.

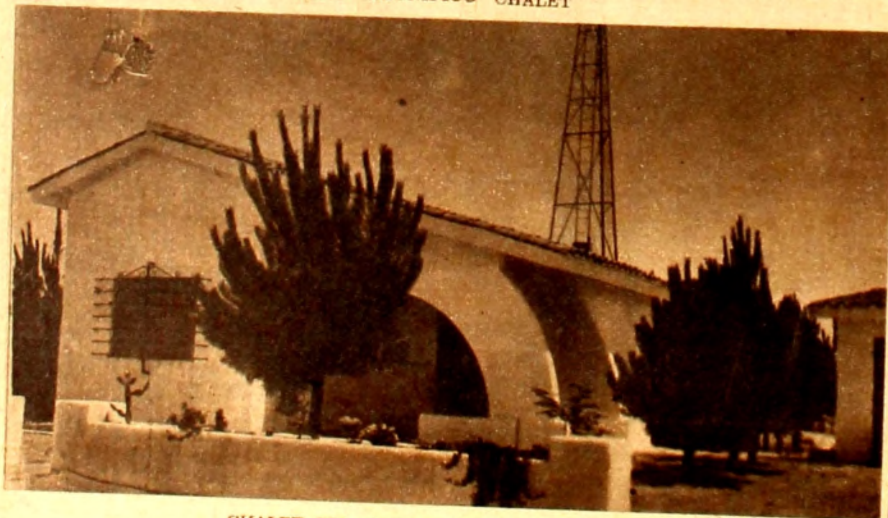
Inmediato al Solís Chico, en el que se construirá en un futuro próximo el aeropuerto que permitirá el viaje directo desde Buenos Aires, contará Parque del Plata con la más excelente cancha de regatas que exista en ciudad alguna balnearia, lindando por la parte sur con el Atlántico que ofrece una hermosísima playa, amplia y limpia.



OTRO MAGNIFICO CHALET



CHALET DEL SEÑOR TEPERINO



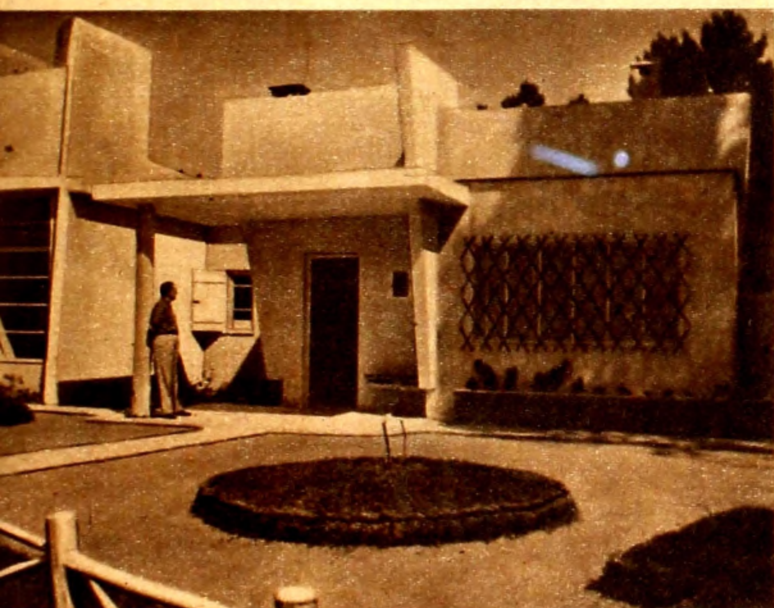
CHALET DEL DOCTOR RADAMES COSTA



CHALET DEL SEÑOR COPOLA



LOS MONTES DE PINARES Y EUCALIPTOS QUE FORMAN LA PLANTA DE ESTA FUTURA CIUDAD BALNEARIA, AFRONTAN LOS EMBATES DE LOS VIENTOS INVERNALES, AMORTIGUAN SUS EFECTOS Y NEUTRALIZAN EL AMBIENTE.



CHALET DEL ADMINISTRADOR.



ADMINISTRACION DE PARQUE DEL PLATA.





AVENIDA DE LAS VIOLETAS.

DOS ESTAMPAS HUMILDES

DELGADO, de alta estatura, cabeza blanca, mirada tierna y palabra lenta, —como si le costara esfuerzo expresarse— así era don Timoteo.

Ignoro si en su vida había hecho otra cosa que tocar la guitarra. En realidad, sé muy poco de él.

Lo vuelvo a ver ahora en uno de aquellos bailes de los suburbios de mi pueblo, pulsando su instrumento, sentado en la única silla que tenía asiento de paja y descansando uno de sus pies en un banquito que llevaba siempre consigo.

Don Timoteo era el músico más popular entre aquellas gentes humildes. Tal vez porque también era el que cobraba menos.

Por "quince reales" tocaba —salvo las breves pausas que hacía para liar un cigarrillo o beber una copa— desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana.

Estaba, si no orgulloso, por lo menos satisfecho de su arte. Para él la guitarra era una herramienta con la cual se ganaba el pan. Cierta vez le oí decir que en un mes había cobrado treinta pesos.

Y se me ocurrió observar:

—Veinte noches sin dormir, don Timoteo. ¡A sus años!

—Estoy acostumbrado.

Casi siempre callado, con la gravedad de quien cumple un sagrado deber, la única preocupación de don Timoteo era dejar contentos a los bailarines. No desoía ningún pedido.

—Don Timoteo, —le decía alguien— siga ese valse, que empiezo a entrar en calor.

O bien:

—Metalé un poquito más a la mazurca.

—¡A ver un pericón, para que se luzcan los dueños de casa!

El buen viejo accedía sin oponer reparos.

Ningún suceso lograba arrancarlo de aquella calma que parecía comprenderlo todo. Cuando se producían incidentes (lo que no era raro) y salían a relucir las armas, ponía la guitarra debajo de un brazo, el banquito debajo del otro, y se retiraba discretamente.

Pasada la tormenta, volvía a su sitio y seguía tocando sin demostrar ninguna alteración ni hacer comentarios.

Hasta poco después de la media noche conservaba más o menos bien el dominio de sus dedos. Pero cuando empezaban a cantar los gallos de la madrugada, sus muchos años eran atropellados por el sueño, y las notas, como niños traviesos, se burlaban del músico.

Más de una vez se detenían los bailarines en la vertiginosa carrera de un vals, el nervioso zarandeo de una polca o el trotecito dormilón de una mazurca, porque don Timoteo erraba el golpe que dirigía a las cuerdas o lo daba donde no debía.

—¿Qué pasa, don Timoteo?

—¡Viejito flojo! Ya se nos está durmiendo.

—Traiganlé una copa que lo despierte.

Don Timoteo abría los ojos, bebía y continuaba tocando sin decir palabra.

Y así lo encontraba el día. Llegaba al baile primero que nadie y era el último en retirarse de él.

No pocas veces he pensado en su calma, en su silencio, en las noches que pasó sin dormir para divertir a otros por "quince reales", en las escenas trágicas o alegres de las que fué testigo, en los juramentos de amor que se hicieron al son de su guitarra...

¡Pobre don Timoteo! Hace mucho tiempo que pagó el natural tributo a la muerte. Es muy difícil que alguien lo recuerde aún.

Pero yo, que amo estas figuras humildes que la historia desdeña, me complazco en evocarlo.

Sé que con estas líneas no pago la emoción que su recuerdo me trae, como un perfume que llega en las alas viajadoras del viento.



*

Representaba unos cuarenta años. Flaco, desgarbado, mal vestido.

Sobre la espalda llevaba siempre una bolsa cuyo contenido no pudimos saber jamás y en la mano derecha un palo con el cual nos amenazó muchas veces. En la cabeza, un sombrero roto, de color indefinible y alas caídas.

¿Cuándo había llegado aquel hombre a poner una nota extraña en las calles del pueblo?

¿De dónde venía? ¿Quién era?

Se nos dijo que era ruso. Nada más sabíamos de él. Ni siquiera de qué vivía.

Pero nos llamó la atención su figura y empezamos a seguirlo, fijos los ojos en él. Era muda nuestra curiosidad. Pese a ello, lo molestó tanto aquel insistente mirar, que un día nos amenazó con el palo.

Nos sorprendimos al principio, pero pronto reaccionamos. Con esa facilidad que tienen los muchachos para encontrar un mote, lo rebautizamos. Y empezamos a gritarle:

—¡Brujo! ¡Brujo!

Tal vez el ruso no conocía el significado exacto del vocablo, pero comprendió que lo ofendíamos.

Dejó el palo y la bolsa en el suelo y empezó a recoger piedras que lanzó luego contra nosotros.

Fué llamarnos a nuestro juego. Tomamos posiciones estratégicas y la guerrilla quedó iniciada. Por fortuna, ni él ni nosotros hacíamos blanco.

Aquella lluvia de piedras despertó la alarma del vecindario y atrajo la atención de la policía.

Nos apresuramos a alejarnos del lugar y sospechamos que el "enemigo" haría lo mismo.

Desde aquel momento la guerra entre el ruso y nosotros (media docena de muchachos de diez a trece años) estaba declarada.

Poco a poco, nuestro "ejército" fué aumentando con nuevos "soldados" que se incorporaban voluntariamente.

Donde nos encontrábamos con el extraño, si no había guardia civil a la vista, combatíamos.

Nuestro grito de guerra era:

—¡Al brujo! ¡Al brujo!

Salíamos a buscarlo con los bolsillos llenos de piedras.

El ruso peleaba bravamente y sin duda nos insultaba, pero no entendíamos su lengua.

Caían hechos añicos los vidrios de las ventanas y los de los faroles de la calle. Entonces intervenían los vecinos jurando matarnos a todos... si nos agarraban.

A causa de la intervención de los vecinos o de la policía, las peleas quedaban siempre sin que nadie pudiera anotarse un triunfo total, definitivo.

Algunas pedradas recibía el "enemigo". Algún blanco hacía él en nosotros. Pero nadie quedaba fuera de combate.

Una vez nos asustamos seriamente.

A los pocos minutos de "fuego", una piedra del ruso dió en la cabeza de un compañero. Cayó éste bañado en sangre. Hubo que curarlo en la farmacia. La policía nos detuvo a todos. Nos pusieron en libertad al poco rato. Al ruso lo tuvieron veinticuatro horas preso.

Aquello no logró atemorizarnos. A los tres días las calles del pueblo volvían a oír nuestro grito de guerra:

—¡Al brujo! ¡Al brujo!

Esto duró no sé cuanto tiempo. Una tarde la casualidad me puso frente al ruso.

Paseaba yo por la costa del arroyo. De pronto, vi a nuestro enemigo. Estaba sentado junto a un árbol.

Si yo hubiera estado con mis compañeros, no hubiera vacilado en provocarlo. Pero estaba solo... Pensé seguir de largo.

Sin embargo... sería lindo realizar aquella hazaña. Tomé unas piedras y traté de acercarme hasta donde fuera prudente. No erraría los tiros. Cuando el ruso quisiera reponerse de la sorpresa, yo estaría lejos.

El hombre no me veía. Tenía la cabeza engarzada entre las manos largas y huesudas.

Me acerqué más. Creí oír algo... Sí. Sollozos apagados, como con sordina, salían del pecho de aquel hombre.

Me convencí. ¡El ruso estaba llorando!

Al principio quedé sin saber qué pensar. Luego una confusa emoción me dominó. Lástima, arrepentimiento, solidaridad con el dolor ignorado... ¡qué sé yo!

¿Qué penas mordían el alma de aquel extranjero?

Quise hablarle. Pedirle perdón. Solicitar su amistad. Pero no me atreví.

A la noche les conté a mis amigos lo que había visto. Algunos no quisieron creerme. Ni aceptar la tregua que les pedí.

Lo cierto es que dejé de molestar al Brujo. Cuando pasaba a mi lado lo miraba con una simpatía que él ni siquiera soñaba.

No sé cuándo desapareció del pueblo. Tan misteriosamente como había venido.

Pero la visión de aquel hombre que lloraba a la orilla del arroyo serrano, quedó grabada en mí. Para siempre.

Manuel BENAVENTE.

DIBUJO DE SIFREDI.



PAISAJE OTOÑAL (Atlántida). Acuarela.



TARDE SERENA. (Oleo).

EL PINTOR BERTA

HACE poco tiempo, realizó este pintor compatriota, una exposición de sus obras, en la "Asociación Estímulo de Bellas Artes", en Buenos Aires. A su éxito, se debe que Berta, trabajador incansable, reiniciase con más bríos aún su labor, parte de la cual tuvimos oportunidad de apreciar, en su reciente muestra, en el "Touring Club Uruguayo". Muestra que sirvió para que anotáramos un profundo adelanto en su pintura. Si en los óleos, su trazo va haciéndose más seguro, y el color va cobrando limpieza y lucidez, más aún, va en camino de simplificar ciertos detalles, en los que todavía trabaja encariñado el autor, en las acuarelas, su adelanto es grande, aún en comparación con su muestra del pasado año, en que las virtudes para esta pintura, se destacaban con caracteres poco comunes. No hay duda que Berta, siente y profundiza esta pintura, y que es dable esperar mucho más; cuando esa verdadera comprensión de la acuarela, que posee, se libre de todo temor, y la absoluta soltura del aguado, llegue a predominar, como lo adelantan ya algunos trabajos. Su visión del paisaje es clara, nítida, respetuosa de la naturaleza. La verdad exterior, con toda su belleza, lleva al pintor a elegir los motivos de positivo interés.

Berta, pinta la realidad; no tiene complicaciones. Sus problemas son los que emanan del afán de estudiar, planta por planta, piedra por piedra, el enjambre de ellas, que pueblan sus paisajes; elegidos, parece, que con el afán de vencer dificultades. Su dibujo, es ceñido, enramado en detalles, cariñosa, y minuciosamente contorneado. En su obra, hay un profundo afán de superación, y una fe, que la conduce poco a poco, y con renovada constancia, hacia metas más fértiles. De sus acuarelas y óleos, extractamos los que, a nuestro entender, poseen más claramente definidas las cualidades del pintor, y son las que ilustran esta nota.

E. V.



PASO A NIVEL (Acuarela)



PUESTA DE SOL (Atlántida). Acuarela.

CINE



"Rosa de Abolengo"



Greer Garson, Walter Pidgeon y Richard Ney en la producción M. G. M. "Rosa de Abolengo", que ha iniciado su tercera semana de exhibiciones en Cine Metro, con éxito extraordinario.



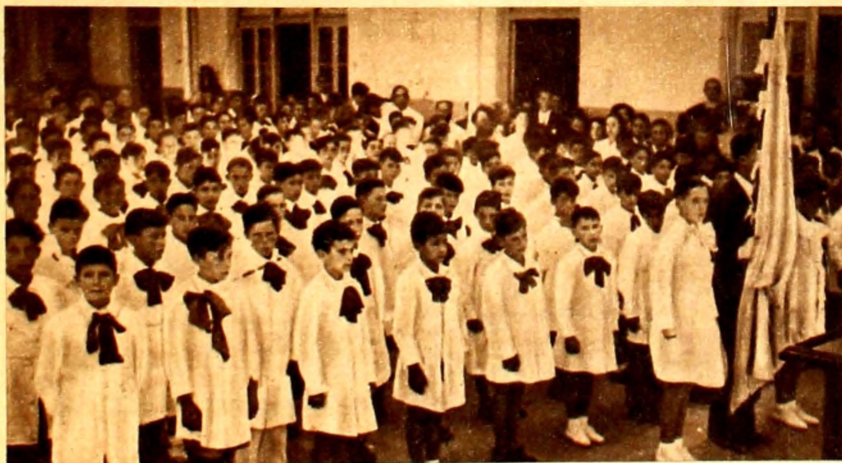
INFORMACION LOCAL



INTERESANTES ASPECTOS DEL HOMENAJE REALIZADO A LAS SEÑORAS CELIA ALVAREZ MOULIA DE AMEZAGA Y MARIA ARQUIN DE FABINI POR UN NUTRIDO GRUPO DE DISTINGUIDAS DAMAS.



COMEDOR ESCOLAR NUMERO 14. FIESTA DE CLAUSURA REALIZADA CON ALMUERZO EXTRAORDINARIO.



ESCUELA NUMERO 13, UBICADA EN AVDA. LARRAÑAGA 2137.



ESCUELA NUMERO 35, QUE FUNCIONA EN EL ESTADIO CENTENARIO. ACTO DE FIN DE CURSO.

TROPAS NORTEAMERICANAS EN AFRICA



HABITANTES DE ORAN CONTEMPLAN LAS TROPAS NORTEAMERICANAS EN SU MARCHA POR LAS CALLES. LLEVA CADA SOLDADO UNA BANDERITA NORTEAMERICANA EN EL CASCO, PARA QUE LA POBLACION PUEDA IDENTIFICARLOS.

El desembarco de tropas norteamericanas en algunos puertos del Africa del Norte francesa, ha constituído uno de los hechos más salientes de esta guerra por la importancia extraordinaria que los peritos militares conceden a esa ocupación de las plazas. Los preparativos fueron uno de los secretos mejor guardados de la guerra, del mismo modo que lo fué la colaboración comprometida de antemano con altos jefes militares franceses. Producida la invasión, las informaciones tampoco han sido muy expresivas, y a esta altura apenas se han dado a conocer muy pocas vistas en noticiarios cinematográficos, con lo que recobran singular interés estas notas que publicamos.



TROPAS DE DESEMBARCO MARCHAN POR EL MUELLE DE MERS-EL-KEBIR, DESPUES DE DESCENDER EN ESTE FAMOSO PUERTO DONDE HACE UN AÑO LUCHO LA FLOTA BRITANICA CON UNIDADES NAVALES FRANCESAS.



GENERAL NOGUES, RESIDENTE GENERAL DE FRANCIA EN MARRUECOS, CONTESTANDO AL SALUDO DE UN CONTINGENTE DE LAS "UNITED STATES WESTERN TASK FORCES", MOSTRANDO SU NUEVO EMBLEMA.



OFICIALES NORTEAMERICANOS Y FRANCESES BRINDANDO POR LA LIBERTAD EN SAFI, AFRICA DEL NORTE.



LANCHAS DE DESEMBARCO, FRENTE A ARZEU, CERCA DE ORAN. EN EL ORDEN MINUCIOSAMENTE ESTUDIADO, LAS LANCHAS SALIERON DE LOS GRANDES TRANSPORTES QUE SE VEN EN EL FONDO Y LA INVASION EMPEZO. EL CONVOY DE 500 BUQUES TRANSPORTO SIN NOVEDADES A TODAS LAS TROPAS ALIADAS A LA COSTA AFRICANA.



ARABES ADICTOS, ACOMPAÑAN A UNIDADES DEL EJERCITO NORTEAMERICANO CERCA DE FEDALA, MARRUECOS.

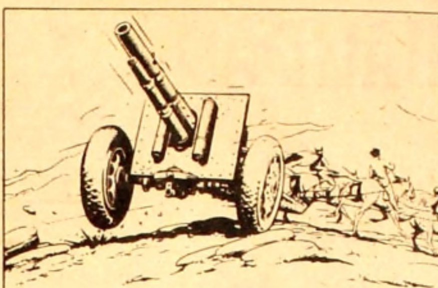
Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

SITIADOS

























Casa Soler

CONFECCIONES DE ACTUALIDAD

SECCION SEÑORAS



VESTIDO en gaza de hilo y seda, variados y modernos diseños $ 15.00

VESTIDO en shantung de seda, con aplicaciones en colores opuestos, pegados a cordón $ 14.50



VESTIDO en tela de algodón, variedad en dibujos y colores . . $ 5.90

VESTIDO en tela de algodón, cintura elastica y aplicaciones en los bolsillos $ 6.90



VESTIDO en mongol de seda, azul y negro $ 6.80

VESTIDO en mongol de seda, estampado multicolor $ 7.90



VESTIDO en seda natural estampada, fantasias, de gran actualidad $ 17.50











1. BLUSA Player en tela de hilo, varios colores . . . . $ 3.55
2. BLUSA en saten con detalles de encaje . . . . $ 5.80
3. BLUSA en voile de hilo fantasia, en distintos diseños de moda . . $ 3.20
4. BLUSA en linón de hilo, detalles en valencianas . . . . $ 2.60
5. BLUSA en linón de hilo . . . $ 2.20
6. BLUSA en crep georgette de seda detalles en valencianas . . . . $ 3.95



VESTIDO en shantung de seda, con detalles bordados $ 13.50

CASA MATRIZ
Av. AGRACIADA 2302
ESQ. M. SOSA

SUC. GOES
Av. Gal. FLORES 2341
Esq. M. BERTHELOT